



HECHOS APOSTÓLICOS.

Con la subida de Jesucristo á los cielos se habia concluida la obra de la redencion del género humano. En su Encarnacion habia tenido principio; en su vida se habia preparado; en su dolorisima Pasion y santísima muerte se habia obrado, y en su gloriosa Resurreccion y triunfante Ascension á los cielos se habia testimoniado y firmado. Solo faltaba anunciar al mundo su felicidad, y esta era la obra de que iban á encargarse los apóstoles. Pero ¿y cómo ejecutarla? El Evangelio era para los Judios un escándalo, y para los gentiles una locura. Sin embargo ella habia de anunciarse, y esto era á lo que se daba principio hoy en el Cenáculo.

Faltaba un apóstol para componer el número de los doce que habian de tomar sobre sí la conversion del universo; y san Pedro, como cabeza de la Iglesia, se levantó en medio de los hermanos (eran como ciento y veinte) y les dijo: Conviene que se cumpla la Escritura que predijo el Espíritu Santo por boca de David, acerca de Judas que fué el capitán de aquellos que prendieron á Jesus, el cual era contado con nosotros y tenia parte en nuestro ministerio. Este, pues, poseyó un campo del

precio de la iniquidad, y colgándose, reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas; lo cual se hizo tan público á todos los habitantes de Jerusalem, que aquel campo fué llamado en su lengua *Hacéldama*, que quiere decir Campo de sangre, porque fué comprado con el precio que entregaron á Judas los hijos de Israel por la sangre de Jesucristo. Por eso está escrito de Judas en el libro de los Salmos : Quede su habitacion desierta; no haya quien more en ella, y tome otro su obispado.

Es elegido apóstol san Matías en lugar de Judas el traidor.

Conviene, pues, dijo san Pedro, que de estos varones que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que entró y salió entre nosotros el Señor Jesus, desde el bautismo de Juan hasta el dia en que fué tomado de nosotros y se subió al cielo, sea uno testigo de su Resurreccion con nosotros; y señalaron á dos : á José, que se llamaba *Barsabas*, y tenia el sobrenombre de *Justo*, y á *Matías*; y orando, dijeron : Vos, Señor, que conocéis los corazones de todos, mostradnos á cuál de estos dos habeis escogido para que ocupe el lugar del ministerio y apostolado de Judas que, por su prevaricacion, cayó parar ir á su lugar (que era el infierno); porque, como dice san Bernardo, este alevoso, que habia vendido al Hijo de Dios, no podia ser admitido en el cielo, ni sostenerle la tierra, y solo el infierno podia recibirle y encerrarle. Hecha la oracion, esperaban todos la declaracion del Señor, pero el Señor no se declaraba. Entonces los apóstoles recurrieron á las suertes. Veian en la sagrada Escritura varios ejemplares de haberse acudido á este medio para saber la voluntad del Señor, cuando era muy importante el asunto, y tambien leian en ella, que puestas las suertes en el cántaro de un modo legítimo, Dios las dirigia. Fundados en estas verdades, pu-

sieron las bolas en el cántaro y cayó la suerte sobre Matías, y desde aquel momento Matías, que solo era un discípulo, fué contado entre los doce apóstoles.

Es verdad que no se eligieron por este medio los Obispos y ministros de la Iglesia en lo sucesivo; pero, como aquí se trataba de elevar á un puro discípulo á la dignidad de apóstol, y no se tenia ejemplar, san Pedro y sus compañeros convinieron en poner esta eleccion en manos del Señor, y contando con su divina voluntad, entregarla á la decision de la suerte. Con esta eleccion quedó lleno el número de los apóstoles, y completo el Colegio apostólico. Entonces la santísima Virgen, los apóstoles, los discípulos y las mujeres, que componian toda la Iglesia de Jesucristo, se prepararon, como buenos Israelitas, á celebrar la fiesta de las *Semanas*, que eran siete y componian los cincuenta dias que mediaron desde la Pascua ó salida de Egipto, hasta la publicacion de la ley sobre el monte Siná. Esta fiesta se llamó despues *Pentecostes*, que en griego significa cincuenta; esto es, los cincuenta dias que pasaron desde la Resurreccion de Jesucristo hasta la venida del Espíritu Santo. Celebraban los Judíos tres grandes fiestas; á saber : la del sábado ó descanso, la de la Pascua, ó salida de Egipto, y las de las siete Semanas ó los cincuenta dias, y en esta vino el Espíritu Santo, esto es, cuando se cumplian los cincuenta dias de la Resurreccion de Jesucristo.

Venida del Espíritu Santo.

Estando la santísima Virgen, los apóstoles, los discípulos y las mujeres reunidos en el Cenáculo, en número de ciento y veinte, como hemos dicho, celebrando ya la Pascua con la oracion y reposo que pedia la santificación de la fiesta; á las nueve de la mañana, que era la hora en que se ofrecian los panes de trigo nuevo y las víctimas que ordenaba la ley, se oyó de repente un ruido

del cielo, como de un viento que soplaba con ímpetu, y conmovía toda la casa, donde estaban sentados. Este viento impetuoso era símbolo de la presencia del Espíritu Santo, como los truenos del monte Sinai lo habían sido en otro tiempo de la presencia del Señor. En seguida de este viento impetuoso aparecieron unas lenguas repartidas, como de fuego, que reposó sobre cada uno de ellos. Entonces todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas, segun el Espíritu Santo les daba que hablasen. Habia en aquellos dias en Jerusalem, con motivo de la Pascua, una multitud de hijos de Abraham, varones religiosos que habian venido de todas las naciones que hay bajo del cielo, dice el texto sagrado, á celebrarla. Tambien habia gentiles en gran número que habian concurrido á la fiesta. Oido este ruido por toda la ciudad, se reunió la multitud y quedó pasmada porque les oían hablar cada uno en su propia lengua. Estaban todos atónitos, y se decian llenos de asombro, ¿por ventura, estos que nos hablan, no son todos Galileos? ¿pues cómo les oimos nosotros hablar cada uno en la lengua en que hemos nacido? Aqui nos hallamos Partos, Medos y Elamitas; de los que moran en Mesopotamia y Capadocia; en Ponto y en Asia; en Frigia y en Panfilia; en Egipto y las tierras de la Libia; y los que han venido de Roma; y tambien de los Judíos y prosélitos; y de los Cretenses y Árabes... y todos les oimos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. Todos se pasmaban, y todos se asombraban, diciendo, ¡qué quiere ser esto! Mas algunos (los escribas y fariseos) dijeron, burlándose: Estan llenos de mosto.

Ceguedad de los escribas y fariseos.

Quando los escribas y fariseos no podian negar los milagros de Jesucristo, los atribuian, como ya hemos visto, á operacion del príncipe de los demonios; ahora

que tampoco pueden negar los portentos del Espíritu Santo, los atribuyen á una operacion todavía mas injuriosa, á la operacion del mosto. ¿No veian estos ciegos voluntarios que no habia mosto en la estacion en que se hallaban, que era la primavera? ¿No sabian ó mas bien no querian recordar que no era permitido á los hijos de Abraham desayunarse hasta pasada la hora de la oracion y del sacrificio que se ofrecia á las nueve de la mañana? ¿No les convence ver asombrada una multitud innumerable, compuesta de su nacion y de todas las naciones del mundo, al presenciar un portento inaudito, que solo visto podia ser creído? ¡Hablar en todas las lenguas con claridad y perfeccion unos Galileos que apenas saben la suya, entender cuanto les dicen los hombres de todas las naciones, y hacer entender á todos los hombres de todas las naciones cuanto ellos les dicen!!! Esto, repito, solo visto, puede ser creído. Sin embargo estos incrédulos tienen el atrevimiento ó mas bien la desvergüenza de negar tantos y tan asombrosos portentos delante de la multitud que les está presenciando.

Se convierten en el primer sermón de san Pedro cerca de tres mil personas.

San Pedro no juzgó conveniente dejar que pasase tan buena ocasion, no solo para confundir á los incrédulos, sino tambien para confirmar á los fieles en la fe. Rodeado de apóstoles y discípulos, como en otro tiempo su divino Maestro, cuyo lugar ocupaba, se levanta, y esforzando su voz, principia un largo discurso, que vamos á dar solo en compendio, consultando á la brevedad. Varones de Judea, dijo, y vosotros los que habitais en Jerusalem, séaos esto notorio y sean oidas con atencion mis palabras. No por cierto, no estan embriagados estos mis compañeros, como vosotros pensais, porque aun son

las nueve del día y no se han desayunado; sino que esto que estais viendo y oyendo es lo que dijo el profeta Joel : Y sucederá en los últimos días (de la sinagoga), dice el Señor, que yo derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y verán visiones vuestros jóvenes, y soñarán sueños vuestros ancianos. Derramaré de mi Espíritu en aquellos días sobre mis siervos y sobre mis siervas y profetizarán. Este es lo que estais viendo y oyendo en este día, y sucederá que cualquiera que invocare el nombre del Señor será salvo.

Varones de Israel, oid estas palabras. Á Jesus Nazareno, Varon aprobado por Dios entre vosotros con virtudes, prodigios y señales que Dios obró por su poder en medio de vosotros, como vosotros tambien sabeis... á este Jesus, que por decretos de Dios fué entregado á la muerte en remision de nuestros pecados... á este Varon... vosotros le matásteis, crucificándole por mano de los malvados (Judas, Pilatos, escribas, fariseos, doctores de la ley y soldados romanos). Pues á este (Jesus) ha resucitado Dios, sueltas las ataduras del sepulcro, por cuanto era imposible que fuese detenido en él. Dios le resucitó, de lo cual somos testigos todos nosotros. Por esto sepa ciertísimamente toda la casa de Israel, que Dios ha hecho Señor (de todas las cosas) y Cristo, á este Jesus, á quien vosotros crucificásteis.... Y oidas estas cosas la multitud, penetrada de dolor y arrepentimiento, dijo á san Pedro y á los otros apóstoles : ¿Y qué haremos, varones hermanos? Entonces les dijo san Pedro : Haced penitencia y bautícese cada uno de vosotros en nombre de Jesucristo para la remision de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo; porque á vosotros ha sido hecha la promesa, y á vuestros hijos y á todos los que estan léjos, cuantos quisiere llamar á sí el Señor, nuestro Dios. Esto lo atestiguó san Pedro con otras muchísimas razones, y les exhortaba diciendo : Salvaos de esta generacion perversa. Los que recibieron

su sermón fueron bautizados y agregados á la Iglesia de Jesucristo en número de cerca de tres mil personas.

Breve pintura de las costumbres de los primeros cristianos.

Hacian los apóstoles muchos prodigios y señales en Jerusalem, y en todos los fieles habia gran temor á vista de los portentos que obraban. Todos perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión de la fracción del pan y en la oración, tanto en las casas particulares como en el templo á las horas de la oración pública y otras que les dictaba su devoción. Todos los que creían, vivían unidos, no precisamente en una habitación, sino en un mismo corazón, en un mismo espíritu y en una misma voluntad. Tenían todas las cosas comunes. Vendían sus posesiones y haciendas y las repartían entre todos, conforme á la necesidad de cada uno. Todos poseían lo de todos, y cada uno lo de cada uno, desterrando así de su corazón *el tuyo* y *el mio*, que es la raíz de todos los males, é imitando así en la tierra, dice san Juan Crisóstomo, la vida de los ángeles en el cielo. Todos los días estaban mucho tiempo en el templo, orando unánimemente, y todos los días se repartía el pan por las casas, tomando cada uno el alimento y la comida en alegría y sencillez de su corazón, alabando á Dios y hallando gracia en todo el pueblo con su vida admirable, y con sus heroicas virtudes se arrebataban hácia sí los corazones de todos. Y el Señor aumentaba cada día los que se habían de salvar en esta preciosa unidad.

¡ Dichosos por cierto aquellos primeros tiempos de la Iglesia en los que aun el comun de los fieles dejaba que envidiar á los que en los tiempos sucesivos han hecho profesión de la vida mas perfecta! ¡ Dichosos aquellos tiempos en los que todos los cristianos se aplicaban con el mayor fervor á cumplir las obligaciones que habían

contraído en el Bautismo, en cuyo cumplimiento consiste la vida eterna! Es verdad que los usos y costumbres de los primeros cristianos eran, no en lo esencial, sino en lo accidental, diferentes de los de nuestros días; pero debían serlo ciertamente, pues de otro modo convenía que se gobernase en muchas cosas la Iglesia cuando nacía y empezaba á formarse en medio de reinos idólatras, que cuando llegó á estar sólidamente establecida en medio de reinos cristianos, y reinando como Esposa del Cordero sobre los mismos reyes que reinan.

San Pedro y san Juan curan á un cojo de nacimiento.

El primer suceso de gran consideracion que nos refiere la sagrada Escritura, despues de habernos hecho la pintura del nacimiento de la Iglesia, de su prodigioso aumento y de sus admirables costumbres, es el milagro del cojo, curado á la entrada del templo. San Pedro y san Juan, compañeros inseparables hasta que les obligaron á tomar distintos caminos sus respectivos destinos, subían al templo á la oracion pública de la hora de nona. Mientras que subsistia en su autoridad la sinagoga, los discípulos de Jesucristo no tenían inconveniente, y aun miraban como una obligacion, asistir á los ejercicios de religion con los discípulos de Moisés. Un hombre, que era tan cojo desde el vientre de su madre que no podia valerse en manera alguna de sus piés, se hacia llevar todos los dias á la puerta del templo, llamada *Especiosa*, para pedir limosna á los que entraban por ella. Este hombre, cuando vió á san Pedro y san Juan, que iban á entrar, pedia que le diesen limosna; mas san Pedro, fijando en él los ojos juntamente con san Juan, le dijo: Miranos; y él los miraba atentamente, esperando que iba á recibir de ellos alguna cosa; pero le dijo san Pedro: No tengo oro ni plata, mas lo que tengo, eso te doy. En nombre de Jesucristo Nazareno levántate y

anda; y tomándole de la mano derecha, le ayudó á levantarse. En este momento se consolidaron sus tobillos y sus plantas, y dando un salto para probar su salud, se puso de pié, echó á andar y á brincar y entró con ellos en el templo andando y saltando y alabando al Señor. Su alegría era tal que no acertaba á andar, sino á brincar y saltar, y con estos trasportes de gozo hasta parecia faltar al decoro del templo, ¡falta bien perdonable!

La multitud que entraba y salía con motivo de ser la hora de la nacion, veía al cojo andando y saltando y alabando á Dios delante de sus bienhechores. Tenia ya este hombre mas de cuarenta años y era muy conocido de todos despues de tanto tiempo que pedia limosna á la puerta del templo, y todos quedaron atónitos y como fuera de sí, por lo que le habia sucedido. Estando el curado asido de san Pedro y san Juan, corrió á ellos todo el pueblo. La noticia de este portentoso se extendió por toda la ciudad y todos acudieron atónitos al pórtico de Salomon, donde se encontraba el cojo con san Pedro y con san Juan, sus bienhechores.

Otro sermón de san Pedro en el que se convierten cinco mil hombres.

Cuando san Pedro vió reunida delante de sí aquella multitud, tomó la palabra, y respondiendo á la admiracion de todos, les dijo: Hijos de Israel, ¿porqué os admirais de esto, y porqué poneis vuestros ojos en nosotros, como si por nuestra virtud ó poder hubiéramos hecho andar á este hombre? El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado á su Hijo Jesus, á quien vosotros, en verdad, entregásteis, y á quien negásteis delante de Pilatos, juzgando Pilatos que debia ser suelto. Mas vosotros negásteis al Santo y Justo, y pedísteis que se os concediese un hombre homicida (pedísteis la vida del

que mataba á los hombres, é hicísteis morir al que les daba la vida). Pues á este Autor de la vida que vosotros matásteis, resucitó Dios de entre los muertos, de lo que somos nosotros testigos; y en la fe é invocacion de su santísimo Nombre se han consolidado los piés á este hombre á quien vosotros habeis visto y conocido (cojo por tantos años) y ha recibido entera salud á la vista de todos vosotros. Ahora, pues, hermanos, yo sé que lo hicísteis por ignorancia, como tambien vuestros príncipes. (Esta ignorancia era inexcusable; pero san Pedro disminuye cuanto le es posible el horror del delito para no ponerlos en desesperacion. Así lo habia perdido de su divino Maestro, que dijo al espirar: Perdonadlos, Padre mio, porque no saben lo que hacen). Dios habia anunciado por boca de todos sus profetas, continuó san Pedro, que padecería Jesucristo, y así lo ha cumplido. Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados os sean perdonados. Vosotros sois los hijos de los profetas y del Testamento que ordenó Dios á vuestros padres, diciendo á Abraham: Todas las generaciones serán benditas en tu descendencia. Dios resucitando á su Hijo, le ha enviado, primeramente á vosotros, bendiciéndoos para que cada uno se convierta de su iniquidad... Aquí cesó de hablar el apóstol; y creyeron muchos, y fué el número solo de los varones hasta cinco mil.

Prision de los apóstoles y del cojo.

Una conversion tan numerosa llamó la atencion de los enemigos de los apóstoles, y estando estos hablando á la multitud, despues del discurso de san Pedro, sobrevinieron los sacerdotes, el magistrado del templo y los saduceos, quejándose de que enseñasen al pueblo y predicasen con el ejemplo de la Resurreccion de Jesucristo la resurreccion de los muertos. Estaba ya muy cercana

la noche, y no habia tiempo para formar un proceso contra los apóstoles, y así se contentaron con dispersar las gentes que habian visto el milagro del cojo y oído el sermón de san Pedro, con poner en prision á los apóstoles y al cojo y con juntar para la mañana siguiente un concilio, compuesto de Anás y su yerno Caifás, sumos pontífices; de Juan y de Alejandro, sus vicarios; de todos los que eran del género sacerdotal; de todos los príncipes; de todos los ancianos, y de todos los escribas ó doctores de la ley. El concilio era muy numeroso, y sin duda se quiso imponer con él á los apóstoles, pero no eran ya estos unos hombres á quienes hacia temblar la voz de una criada; eran ya los fuertes de Israel que, llenos del Espíritu Santo, iban á vencer el mundo y sus iniquidades.

Acompañados del cojo los apóstoles, fueron presentados en la mañana siguiente ante aquella imponente reunion, y preguntados: ¿En qué poder ó en nombre de quién habian curado aquel cojo? Lleno entonces san Pedro del Espíritu Santo, oid, príncipes del pueblo y ancianos, les dijo; puesto que hoy somos juzgados acerca del bien hecho á un hombre enfermo, y que se nos pregunta, ¿por virtud de quién ha sido sano? Sea notorio á todos vosotros y á todo el pueblo de Israel: que está sano este hombre delante de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, á quien vosotros crucificásteis, y á quien Dios resucitó de entre los muertos. Este Jesus es la piedra que ha sido reprobada por vosotros los edificadores y puesta por cabeza y atadura del ángulo, y no hay salud en algun otro nombre, porque no hay otro nombre bajo del cielo, dado á los hombres, en que nos sea concedido salvarnos.

Su libertad.

Viendo el concilio la constancia de los apóstoles, y

sabiendo que eran unos hombres tímidos y sin letras, se maravillaban y llenaban de asombro. Oían hablar á estos ignorantes como doctores y veían á estos tímidos presentar una firmeza de héroes, y no sabían á qué atribuir tan pasmosa mudanza. El enfermo curado estaba presente y no habia réplica que hacer, porque todos le conocían y le habían visto cojo por cerca de cuarenta años. Este caso en que se hallaba el concilio, era capaz de desconcertar á todo hombre, á quien la vergüenza de volver atrás en presencia del público, no detuviera en la incredulidad, como sucede generalmente á los incrédulos; sin embargo ninguna impresion hizo este lance bochornoso, ni sobre los pontífices, ni sobre el resto del concilio. Mandaron retirar á los apóstoles, y se pusieron á conferenciar y deliberar sobre el asunto. ¿Qué harémos con estos hombres? Se decían. Porque es cierto y no puede negarse que han hecho un prodigio, y que este prodigio es notorio á cuantos habitan en Jerusalem. Mas para que no siga divulgándose en el pueblo, amenacémosles que en adelante no hablen mas á hombre alguno en nombre de Jesucristo, y tomada esta determinación, les llamaron y les intimaron que nunca mas hablasen ni enseñasen en nombre de Jesus; pero ellos les respondieron, diciendo: Si es justo, delante de Dios, oír, primero á vosotros que al Señor, juzgado vosotros; pues nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído. Ellos entonces amenazándolos de nuevo, les dejaron ir libres, no hallando modo de castigarlos por miedo del pueblo, que ensalzaba este glorioso hecho de la curativa del cojo.

Oran los fieles y el Cenáculo se commueve.

Puestos en libertad, vinieron á los suyos, que estaban en el Cenáculo, y les contaron cuanto les habia sucedido con los príncipes de los sacerdotes y los ancianos,

y cuando lo oyeron, todos unánimes levantaron á Dios su voz; y dijeron: Señor, vos hicísteis el cielo, la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos; y dijísteis por boca de nuestro padre David, vuestro siervo, ¿porqué bramaron las gentes y meditaron cosas vanas los pueblos? ¿porqué se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes convinieron (en un mismo odio) contra el Señor y su Cristo? Porque verdaderamente Señor, Herodes y Poncio Pilatos, unidos con los gentiles y los pueblos de Israel, se coligaron á una en esta ciudad contra vuestro Ungido y santo Hijo Jesus. Ahora pues, mirad, Señor, con desprecio sus amenazas, y conceded á vuestros siervos que con toda libertad hablen vuestra palabra, extendiendo vuestra mano á sanar enfermedades y á obrar milagros y prodigios en el nombre de vuestro santo Hijo Jesus; y cuando así oraron, tembló el Cenáculo, en donde estaban congregados, y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban la palabra de Dios con toda confianza.

Desprendimiento de san Bernabé.

Con una resolucion valerosa daban los apóstoles testimonio de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, entregaban sus bienes y habia mucha gracia en todos ellos. Aunque el desprendimiento real de los bienes no era de una necesidad absoluta para ser discípulo de Jesucristo y entrar en el cielo, lo era el desprendimiento efectivo, como lo ha sido y será en todos los tiempos. Sin embargo habia entonces un motivo muy particular para que los cristianos manifestasen su desprendimiento real y efectivo, entregando á la Iglesia todos ó parte de sus bienes, cual era el establecer aquella vida comun que tanto habia de edificar á los hombres y tantas almas habia de atraer al Evangelio. Habia cristianos de fervor admirable, y tal era uno, cuyo hecho nos ha

conservado san Lucas. Se llamaba José y los apóstoles le pusieron el nombre de Bernabé, que quiere decir Hijo de consuelo. Era levita y natural de la isla de Chipre. Tenia un campo ó posesion muy rica, y la vendió y presentó el precio á los piés de los apóstoles para que lo distribuyesen entre los pobres. Esto era cuanto poseía el caritativo levita, y nunca se juzgó mas rico con respecto al cielo, que cuando nada poseía ya en la tierra. Esta relacion singular que nos hace aqui el historiador sagrado entre tantas otras que pudiera habernos dejado de aquellos hermosos tiempos, sobre ser en sí tan bella, parece que quiso proponerla principalmente para hacer mas odiosa la que iba á descubrir en seguida.

Castigo terrible de Ananías y su mujer Safira.

Un hombre llamado Ananías, de concierto con su mujer Safira, vendió tambien un campo, como Bernabé, para poner su precio á los piés de los apóstoles, y que estos le distribuyesen á los pobres; pero, tentado del diablo, defraudó del precio á sabiendas de su mujer, y llevó solo una parte á los piés de los apóstoles. Ananías, le dijo san Pedro, ¿porqué tentó Satanás tu corazon para que mintieses al Espíritu Santo y defraudases del precio del campo? ¿pues qué, no permanecia tuyo si no le vendias? y si le vendias, ¿no era tuyo su valor? Que fué decirle: ¿quién te ha obligado á que vendieses el campo, ni á que entregases el precio? Pero ¿quién puede sufrir que hagas el papel de un hipócrita? ¿Que quieras pasar á la faz de la Iglesia por un discípulo heróico que vende cuanto tiene y lo da para los pobres, quedándote al mismo tiempo con una parte escondida de lo mismo que ofreces? ¿y quién sobre todo puede sufrir que se mienta al Espíritu Santo? ¿Porqué, pues, continuó el apóstol, porqué pusiste en tu corazon esta maldad? Tú no has mentido á los hombres, sino á Dios.

Al oír Ananías estas palabras, cayó y espiró; y vino un gran temor sobre todos los que lo vieron y oyeron. Luego se levantaron unos jóvenes que se hallaban presentes, le retiraron, y llevándosele, lo enterraron.

De allí como al cabo de tres horas entró tambien su mujer sin saber lo que habia acaecido á su marido, y la preguntó san Pedro: ¿Dime, mujer, si vendiste por tanto la heredad? Sí, dijo ella, por tanto. Esto es, por lo mismo que mi marido ha puesto á vuestros piés; y san Pedro la dijo: ¿Porqué os habeis concertado para tentar al Espíritu del Señor? Hé ahí á la puerta los piés de los que han enterrado á tu marido y te llevarán á ti. Al momento cayó la mujer ante los piés de san Pedro y espiró. Luego entraron los jóvenes, y hallándola muerta, la llevaron á enterrar con su marido. Y sobrevino, dice san Lucas, un gran temor en toda la Iglesia y en todos los que oyeron estas cosas; y se hacian muchos prodigios en la plebe por manos de los apóstoles. El lugar del templo donde acostumbraban juntarse los fieles para ofrecer á Dios sus oraciones con un mismo espíritu, era el pórtico de Salomon, que estaba en el atrio de los Judíos. Allí los miraba el pueblo con gusto, pero no se atrevia á juntarse con ellos al ver tanta santidad y tantas virtudes, y se contentaba con llenarlos de bendiciones. Ninguno de los que no eran de esta congregacion de justos, se atrevia, dice san Lucas, á juntarse con ellos, pero los magnificaba. No era solamente admirable su santidad, los prodigios se multiplicaban, los apóstoles mandaban á la naturaleza en nombre de Jesucristo, la gracia obraba en virtud de este divino Nombre, y tropas numerosas de hombres y mujeres se convertian y aumentaban el número de los fieles. Eran tantos los milagros que obraban los apóstoles, y particularmente san Pedro, que llevaban los enfermos á las calles y los ponian en lechos y camillas para que, cuando pasase san Pedro, á lo menos su sombra les tocara y quedasen libres de sus enfermedades; y acudia tambien á Jerusalem mucha